

drian una fe, al paso que ahora son literalmente *sepulcros blanqueados*, nada y podredumbre. Se pregunta ¿por qué el deísmo no ha reemplazado al cristianismo? Aquellos cristianos que no imponen silencio á su razon, los que no se embrutece deliberadamente, son teístas; sólo que su teísmo no es ya la religion de Voltaire. Voltaire no tenía la mision de ser un fundador de religion; era llamado ante todo á destruir: ahora bien, es imposible que los que destruyen una antigua religion edifiquen al mismo tiempo una creencia nueva, porque las cualidades necesarias para la obra de destruccion no son las que deben tener los reveladores. Voltaire es el genio del buen sentido, del talento: sus armas son la razon y la sátira: ha usado y abusado de ellas: no queria destruirlo todo, porque ha combatido la *impiedad* de los materialistas lo mismo que á la *infame*; pero aun cuando habla de Dios y de la virtud, no puede ménos de mezclar algunos chistes. No es éste el tono de los hombres verdaderamente religiosos. Falta algo, en efecto, al teísmo de Voltaire para ser una religion. Rechaza todo dogma: esto es ir demasiado léjos. El hombre necesita una creencia que le diga cuál es su mision en esta tierra; que le diga de dónde viene y á dónde va; necesita la conviccion de que Dios le ayuda en su marcha laboriosa hácia la realizacion de su destino. Este vínculo del hombre con Dios es lo que Voltaire no ha sentido: hubiera visto en él una nueva supersticion, pero sin razon: es una nueva fe que se forma insensiblemente en la conciencia humana. Existe ya á título de religion entre los protestantes avanzados y entre los judíos modernos: acabará por ser la religion universal.

b.—Rousseau.

I.

Se comprende el ódio con que los ortodoxos persiguen la memoria de Voltaire: nunca han tenido adversario que les haya dirigido golpes más funestos. A despecho de la reaccion católica, la *infame* ha sido *aplastada*, lo ha sido al ménos en la esfera de las ideas, y ¿no son las ideas las que gobiernan el mundo? ¿Qué es

una religion que no vive más que por la estupidez, por la ignorancia y por el apoyo que le prestan las clases ricas, las cuales cultivan la supersticion como la mejor defensa de sus monedas? El mundo ha presenciado ya un espectáculo parecido á este. El dia en que los filósofos atacaron al politeísmo, la religion del gentilismo quedó arruinada en sus fundamentos: subsistió, sin embargo, durante siglos y tenía apariencias de vida: en realidad estaba muerta. Lo mismo sucede con el catolicismo: es un cadáver viviente: la filosofía lo ha matado. Perdonemos, pues, á las gentes de iglesia sus gritos de rabia. Si al litigante se le dan veinte y cuatro horas para maldecir á su juez, habrémos de permitir tambien á la Iglesia que maldiga á los que han puesto fin á su dominacion secular.

Hé aquí el émulo de Voltaire: Rousseau no es amigo de los filósofos: ha escrito acerca del Evangelio, acerca de Jesucristo, páginas que no podria firmar un libre pensador; sin embargo, le alcanza lo mismo que á Voltaire el ódio de los partidarios del pasado. El abate Gaume dice que Rousseau, lo mismo que Voltaire, podria ser definido *un alma vacía de cristianismo y ebria de paganismo*. ¡Qué lenguaje y qué apreciacion! Los considerandos son tan curiosos como el fallo. Rousseau funda la sociedad civil en un contrato: Locke habia hecho lo mismo: prueba, dice el abate, de que segun ellos Dios no entra para nada en la fundacion de las sociedades. Rousseau es gran admirador de Esparta y de Roma: este culto de la antigüedad no es invencion del siglo XVIII, data del renacimiento: el abate Gaume lo confiesa, y por eso envuelve en la misma censura á los humanistas del siglo XV y á los filósofos del XVIII: alabar á Esparta y á Roma es rebajar el cristianismo, es decir, que el paganismo es superior, es en definitiva manifestar ignorancia del cristianismo y ódio hácia el mismo (1). Hé aquí en pocas palabras el proceso de Rousseau, que queda juzgado y condenado.

Afortunadamente cabe apelacion contra las sentencias de los ortodoxos. No tratarémos de oponerles nuestra admiracion: un obispo se ha tomado en otro tiempo el trabajo de decir en una pastoral so-

(1) El abate GAUME, *La Revolucion*, t. V, p. 134 y sig.

lemne que no sabemos el catecismo : estamos, pues, *victos de cristianismo*. Y si no somos partidarios de Esparta y de Roma, lo somos de Platon y de Marco Aurelio, lo cual equivale á decir que estamos *ebrios de paganismo*. Pero hay ortodoxos ménos gruñones que el abate frances, aunque tan buenos cristianos como él. ¿Nos será permitido oponer el pastor Vinet al abate Gaume? Vinet no es un cómplice, nosotros no participamos siquiera de su opinion acerca de Rousseau, pero al ménos le hace justicia. Voltaire es ante todo un destructor. ¿Habla tambien Rousseau de *aplantar á la infame*? Estas palabras le hubieran causado horror si las hubiera conocido. Se llamaba cristiano, y más consecuente que Leibnitz, practicaba el cristianismo reformado en cuyo seno habia nacido. Rousseau trataba de construir, de edificar, no de destruir. Esto indica ya que aquellos grandes genios eran de naturaleza muy diferente; por esto tenian tan pocas simpatías recíprocas.

Vinet pone en duda en Voltaire el verdadero sentimiento de la religion, aunque alaba el valor que desplegó para *proteger* á Dios contra sus amigos los materialistas; no tenía nada de esa intimidad, de ese recogimiento, de esa melancolía, carácter de las almas religiosas que buscan incesantemente el enigma de sí mismas y el intérprete que se lo ha de explicar. La incredulidad que reinaba en el siglo XVIII estaba léjos de satisfacer á todos los ánimos; los que habian abandonado el cristianismo, porque no podian ya creer en él, sentian un vacío que no se llenaba con el Dios de Voltaire. No habia en el teismo nada para el alma, ni para el individuo; todo era para la sociedad: era, por decirlo así, una ley religiosa con penas y recompensas. Pero ¿qué era aquella ley para el que no pedia recompensa ni temia la pena? Rousseau es el representante de todos aquellos que sentian la necesidad de creer: de aquí su poder (1).

Vinet añade que Rousseau defraudó, más bien que satisfizo, la necesidad religiosa con su deísmo afectuoso y sentimental. Un cristiano ortodoxo no puede hablar de otro modo; y el pastor de Ginebra sigue siendo calvinista, espera la salvacion de la humanidad de un regreso á las creencias positivas de su maestro. Por

(1) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. II, p. 185.

consiguiente, no pueden satisfacerle ni el deísmo de Rousseau ni el de Voltaire. En realidad hay poca diferencia entre la religion de los dos rivales, si nos atenemos á los dogmas. Rousseau busca, lo mismo que Voltaire, las creencias que son comunes á todos los pueblos, para descubrir en ellas la ley que la naturaleza ha dictado á los hombres: « Veamos primeramente, dice, si hay alguna afinidad natural entre nosotros, si somos algo los unos para los otros. Vosotros, judíos, ¿qué pensais del origen del género humano? Pensamos que procede de un mismo padre. ¿Y vosotros, cristianos? Pensamos sobre este punto lo mismo que los judíos. ¿Y vosotros, turcos? Pensamos como los judíos y los cristianos. Perfectamente: puesto que los hombres son todos hermanos, deben amarse como tales.» «Decidnos ahora de quién habia recibido el sér vuestro padre comun, porque no se habria formado por sí solo. Del creador del cielo y de la tierra. Judios, cristianos y turcos están conformes en esto: éste es otro punto muy importante. Por último, ese hombre, obra del creador, está compuesto de dos sustancias, una de las cuales es mortal, al paso que la otra no puede morir» (1).

Un Dios creador, fraternidad, caridad é inmortalidad del alma, he aquí las creencias esenciales de todas las religiones: éstos son los dogmas de la religion natural de Rousseau. Estos son tambien los artículos de fe del teismo de Voltaire. Hay, sin embargo, una diferencia importante. Voltaire no afirma de una manera tan positiva la inmortalidad del alma: la idea de la justicia divina es la que lo lleva, por decirlo así, forzosamente á admitir la idea de una persistencia del individuo. Rousseau admite tambien la justicia de Dios, pero lo que le preocupa ante todo es la individualidad humana y su existencia inmortal. Es un fundamento mucho más seguro para la religion que el de Voltaire. Por esto Rousseau tiene el acento, tiene la unción de un hombre que siente vivamente la necesidad de creer: su religion interesa al corazón. Voltaire persuade, pero no conmueve, nos deja frios, como lo estamos ante un razonamiento matemático. Por esto las almas religiosas tienen más simpatías por Rousseau que por Voltaire:

(1) Carta á M. de Beaumont.

sienten que es de los suyos, cualesquiera que puedan ser las disidencias acerca de las creencias positivas. Esto es lo que Vinet llama la *religiosidad* de Rousseau, no dice la *religion*. Un cristiano no puede admitir que fuera del cristianismo ortodoxo haya una religion verdadera. Estas razones no impiden que Rousseau sea uno de los apóstoles de la religion que un día ha de triunfar sobre el cristianismo tradicional; y aún puede decirse que ya hoy triunfa. Será cristianismo si se quiere, pero cristianismo transformado por la filosofía bajo la influencia de los sentimientos y de las ideas nuevas que se han desarrollado en el seno de la humanidad.

## II.

Decimos que la religion de Rousseau no es ya el cristianismo. Voltaire aplaude la *Profesion de fe del vicario saboyano*: esto significa que no era cristiana más que en el nombre, al ménos tomando el cristianismo tal como estaba formulado ya en la Iglesia católica, ya en las confesiones protestantes. Rousseau dice que el «cristianismo no es más que la religion natural mejor explicada» (1). Separa todo elemento supersticioso, no cree que Jesucristo haya hecho milagros: «Cristo, dice, ha declarado terminantemente que no los haría, y ha manifestado gran desprecio hácia los que se los pedían» (2). Esto basta para destruir el cristianismo histórico. Los milagros son el único fundamento de la divinidad de Jesucristo, porque las profecías mismas son una especie de milagro; si Jesucristo no ha hecho milagros, el cristianismo se derrumba, tanto el de los reformados como el de los católicos. En efecto, ¿qué es de la autoridad de la Sagrada Escritura, si los milagros que en ella se refieren no son más que una ilusion de la fe? Rousseau dice que no cree en los milagros, porque Jesucristo ha declarado que no los haría; pero el mismo evangelista que refiere estas palabras, narra en todas sus páginas los milagros llevados á cabo por Cristo. Si Rousseau se niega á creer en los milagros, es

(1) Carta de 1763 á *Petit Pierre*, procurador de Neuf-Châtel.

(2) Carta de 15 de Enero de 1769 á *M....*

por otra razon más; la ha explicado con bastante extension en la *Profesion de fe del vicario saboyano*, para que creamos poder atribuírsela: rechaza hasta la idea de milagro, siguiendo á Hume y á Espinosa. Ahora bien; la revelacion cristiana es un milagro permanente: Rousseau no es, pues, un cristiano ortodoxo; por eso todas las Iglesias oficiales lo han rechazado.

Con la revelacion caen todos los dogmas que caracterizan al cristianismo histórico. Rousseau no es más amigo de los misterios que Voltaire de la teología: «Yo sirvo á Dios, dice el *vicario saboyano*, en la sencillez de mi corazón. No procuro saber más que lo que se relaciona con mi conducta. En cuanto á los dogmas que no influyen ni sobre las acciones, ni sobre la moral, y por los que tantas gentes se preocupan, no hago caso alguno» (1). «Es muy indiferente para la gloria de Dios, añade Rousseau, el que ésta nos sea conocida en todas las cosas; pero importa á la sociedad humana y á cada uno de sus miembros que todo hombre conozca y cumpla los deberes que le impone la ley de Dios respecto de su prójimo y de sí mismo.» Rousseau se burla casi tanto como Voltaire cuando habla de los dogmas más interesantes para los cristianos: «Que una vírgen sea madre de su creador, que haya parido á Dios, ó simplemente á un hombre al que se ha unido Dios; que la sustancia del Padre y del Hijo sea la misma ó no sea más que semejante; que el Espíritu proceda de uno de los dos que son el mismo ó de ambos juntamente: no veo que la decision de estas cuestiones, en apariencia esenciales, sea más importante para la especie humana que el saber qué día de la luna debe celebrarse la Pascua, si se debe rezar el rosario, ayunar, abstenerse de carne, hablar latin ó frances en la iglesia, adornar las paredes con imágenes, decir ú oír misa. Piense cada cual sobre estos puntos lo que le acomode; ignoro qué interés puede tener esto para los demás; por mi parte no me importa nada» (2).

Rousseau nació en la Iglesia reformada; los protestantes habian rechazado muchas creencias, consideradas como esenciales por la Iglesia; pero conservaron los dogmas que miraban como funda-

(1) *Emilio*, lib. IV.

(2) *Emilio*, lib. V.

mentales, y, para que no quedase duda alguna sobre este punto, los formularon en confesiones de fe. ¿Qué piensa Rousseau de estas fórmulas? «Confieso, dice, que todas las fórmulas en materia de fe me parecen simplemente otras tantas cadenas de iniquidad, de falsedad, de hipocresía y de tiranía» (1). Si Rousseau hubiera vivido en tiempo de Calvino, hubiera pagado caro su desprecio de los artículos de la fe. Insiste sobre el mismo asunto en su *carta á M. de Beaumont*. Su opinion era todavía más escandalosa para los católicos: «Cuando se pierden de vista, dice, los deberes del hombre, para no ocuparse más que de las opiniones de los sacerdotes y de sus frívolas disputas, no se pregunta ya á un cristiano si teme á Dios, sino si es ortodoxo: se le hace firmar formularios sobre las cuestiones más inútiles y muchas veces las más ininteligibles, y en cuanto ha firmado todo está corriente, no se le pregunta nada más; con tal que no se haga ahorcar, puede vivir como le parezca; sus costumbres no importan para nada, la doctrina queda á salvo. Cuando la religion llega á este estado, ¿qué bien puede hacer á la sociedad? ¿qué ventajas proporciona á los hombres? No sirve más que para excitar entre ellos disensiones, disturbios, guerras de toda especie, para hacerlos matarse entre sí por unos logogrifos. Más valdria en este caso no tener religion que tener una tan mal entendida. Impidamos, si es posible, que degeneren hasta tal punto, y estemos seguros, á pesar de las hogueras y de las cadenas, de haber merecido bien del género humano» (2).

Sin embargo, en esta misma *carta al arzobispo de Paris*, en que Rousseau niega los fundamentos del cristianismo, afirma que es cristiano, sinceramente cristiano, segun la doctrina del Evangelio. Es preciso recordar que el que habla es un reformado: «Yo soy cristiano, no como un discípulo de los sacerdotes, sino como un discípulo de Jesucristo. Mi maestro ha dicho pocas sutilezas acerca del dogma é insistido mucho sobre los deberes; prescribió muchos artículos de fe que buenas obras; no mandaba creer sino lo que era necesario para ser bueno; cuando resumia la ley y los pro-

(1) *Carta de 15 de Enero de 1769 á M....*

(2) *Carta al arzobispo de Paris*,

fetas, era más bien en actos de virtud que en fórmulas de fe; me ha dicho por sí mismo y por medio de sus apóstoles que el que ama á su hermano ha cumplido la ley... Persuadido de que todo el que ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo es un verdadero cristiano, me esfuerzo en serlo, dejando á un lado todas esas sutilezas de doctrina, todos esos importantes galimatías con que los fariseos embrollan nuestros deberes y ofuscan nuestra fe.... Pienso que lo esencial de la religion consiste en la práctica, que no solamente es necesario ser hombre de bien, misericordioso, caritativo, sino que, cualquiera que lo sea, cree bastante para salvarse.» Rousseau termina esta profesion de fe con un rasgo dirigido contra los nuevos fariseos: «Confieso que su doctrina es mucho más cómoda que la mia, y que cuesta mucho ménos trabajo figurar en el número de los fieles por las opiniones que por las virtudes.»

La religion natural de Rousseau difiere esencialmente de la religion cristiana, aún cuando se redujese el cristianismo á la predicacion evangélica. Jesucristo mismo dice que es preciso creer en él, y por consiguiente, Locke, que redujo á su mínimo el elemento de la fe, pedía para ser cristiano la creencia en Jesucristo, mesías. No es ésta la opinion de Rousseau. No cree necesaria para la salvacion ni aún la fe en Dios, de donde se deduce la consecuencia, horrible para un cristiano, de que un ateo pueda salvarse: «Yo creo en Dios, dice Rousseau, sin creer que esta fe sea necesaria. Pienso que cada cual será juzgado, no segun lo que ha creído, sino lo que ha hecho.» Los ortodoxos dicen tambien que las obras son necesarias, exigen la caridad, pero pretenden que solamente la fe hace las obras meritorias. Juan Jacobo contesta: «No creo, dice, que las obras necesiten un sistema de doctrina, porque la conciencia es su equivalente» (1). Rousseau no cesa de predicar la inmortalidad del alma, no cesa de decir que hay un árbitro de la suerte de los humanos, que en la vida futura será el remunerador de los buenos y el juez de los malos. Quiere que se enseñe este dogma á la juventud y que se persuada del mismo á todos los ciudadanos, pero no lo impone como una condicion de

(1) *Carta de Enero de 1769 á M....*

salvacion. En su *Nueva Eloisa* nos presenta un hombre que no cree en la vida futura, y que, sin embargo, es el modelo de un padre de familia, el modelo de un hombre virtuoso: «Hace el bien sin esperar recompensa; es más virtuoso que nosotros, porque es más desinteresado. Podemos compadecernos de él, porque le falta esta fe consoladora; pero ¿debemos creer por esto que será castigado? No, no, la bondad, la rectitud, las costumbres, la honradez, la virtud, esto es lo que Dios exige y recompensa, éste es el verdadero culto que Dios quiere de nosotros. Si Dios juzga la fe por las obras, el ser hombre de bien es creer en él. El verdadero cristiano es el hombre justo; los verdaderos incrédulos son los malos» (1).

Hé aquí la religion tal como la entiende la humanidad moderna. En vano se dice que ésta es la religion de Cristo; no es ciertamente la religion que se llama cristiana, es la religion de Sócrates y de Marco Aurelio, más bien que la de San Pablo; es la moral. No se puede decir siquiera que es la moral fundada en la religion, aun cuando se redujese la religion á la noción de Dios y de la inmortalidad del alma; porque acabamos de oír á Rousseau que la fe en Dios no es necesaria y que el hombre puede tener todas las virtudes sin tener un átomo de fe. Los ortodoxos dirán que esto es negar, destruir toda religion, y no se equivocan, si por religion se entiende la religion que consiste en creer ciertos artículos de fe: tal es la religion del pasado: la de Rousseau se reduce á la moral natural.

¿A qué quedan reducidas en este orden de ideas las religiones positivas? Pudiera creerse que Rousseau las reprueba. No; y en esto se separa de los filósofos del siglo XVIII, incluso Voltaire. A los ojos de los libres pensadores las religiones que dirigian las almas eran obras de mentira, ó al ménos de locura. Rousseau, por el contrario, dice: «Yo considero todas las religiones particulares como otras tantas instituciones saludables que prescriben en cada país una manera uniforme de honrar á Dios por medio de un culto público, y que pueden todas encontrar su razon en el clima, en el gobierno, en el genio del pueblo, ó en alguna otra causa local

(1) *La Nueva Eloisa*, 6.<sup>a</sup> parte.

que haga la una preferible á la otra, segun los tiempos y lugares. Yo las creo todas buenas, cuando en ellas se sirve á Dios convenientemente. El culto esencial es el del corazón. Dios no rechaza su homenaje, cuando es sincero, bajo cualquier forma que le sea ofrecido» (1). Si Rousseau se aleja de la filosofía del siglo XVIII por su respeto á la religion, se aleja igualmente de la ortodoxia cristiana. El cristianismo subordina la moral á la religion; de aquí ha resultado, con ayuda de la ambicion sacerdotal, que la moral se vició. Rousseau hace consistir en la moral la esencia de la religion: la moral es el fin, la religion no es más que el medio: el fin es siempre el mismo, pero los medios pueden diferir segun los tiempos y lugares. Hay más, los medios deben diferir, como difiere la educacion segun la edad y la aptitud de los educandos. Rousseau rechaza como una locura la idea de una religion universal; los misioneros no le inspiran más simpatías que los conquistadores (2).

### III.

Hémos aquí ya léjos del cristianismo tradicional, y aún no hemos concluido. Rousseau absorbe la religion en la moral, pero ¿qué moral es ésa? ¿Es la moral ortodoxa? ¿Es al ménos la moral evangélica? Si se tomase al pié de la letra el entusiasmo de Rousseau por la santidad del Evangelio, habria que decir que es cristiano en el sentido de que se atiene á la *buena nueva* predicada por Jesucristo. Pero no es así. No conserva la moral cristiana más que en cuanto está conforme con la ley natural. Ahora bien, lo que caracteriza principalmente la predicacion evangélica es un espiritualismo desordenado. Rousseau no acepta este espiritualismo; lo critica con viveza. Detengámonos un momento, porque se trata de un punto capital. Se repite incesantemente que la moral del Evangelio es un ideal que el hombre no hubiese podido concebir por las solas fuerzas de su naturaleza, y se repite también que los filósofos del siglo XVIII han tomado, y hasta diríase han robado,

(1) *Profesion de fe del vicario saboyano* (*Emilio*, lib. IV).

(2) *Carta á M. Beaumont*.